

El Bonsái

Tampoco asistió aquella mañana a clase. Durante los últimos tres días, a medida que se resignaba al agravio de tener que enseñar arte en un instituto, había nacido en él la absoluta necesidad de pintar un bonsái.

El bonsái se encontraba en el balcón contiguo al de su apartamento y, desde que lo descubrió, no pudo pensar en otra cosa que no fuese en reflejar en el lienzo la naturaleza más pura del pequeño árbol. Sin embargo, todos sus intentos habían sido en vano. Repartidos por el suelo había innumerables cuadros desechados porque no expresaban para él con exactitud lo que sus ojos estaban viendo.

Sostenía a duras penas un cigarrillo en la comisura de los labios mientras pintaba sobre el lienzo. Los primeros rayos de luz teñían las hojas del bonsái de un tono verde turquesa y oliva. Mezclaba con celo una y otra vez los pigmentos en la paleta, buscando los verdes exactos y los amarillos áureos. En otra zona fusionaba rojos y verdes para conseguir los tonos tostados que había adquirido el tronco. Sentía que en esta ocasión estaba consiguiendo su propósito. Retrocedió varios pasos hacia atrás para evaluar su obra en su conjunto. Satisfecho, apuró un vaso de whisky y se dejó caer al sofá sin dejar de mirar el lienzo.

Sin embargo, en apenas un minuto, la luz fue apagándose por las tímidas nubes que escondían al sol. Ahora el bonsái había perdido el fulgor previo. Sus diminutas hojas y el contorsionado tronco emanaban una tonalidad gris y plomiza, pareciendo no ser el mismo ser vivo que acaba de pintar. Tras varios minutos observándolo, dedujo que la naturaleza también puede experimentar cambios emocionales y, quizás, esta nueva apariencia dramática y severa reflejase realmente el carácter del bonsái. De modo que arrojó nuevamente el lienzo al suelo y colocó otro nuevo sobre el caballete.

El móvil volvía a sonar en alguna parte del apartamento, pero su mente solo era capaz de reaccionar ante los colores cambiantes del bonsái. Era consciente que estaba en un punto de no retorno y que aquella pintura debía de aunar todo su conocimiento. En aquel momento sentía que su pasión por la pintura había pasado a otra esfera; la esfera de la necesidad vital. En esta ocasión la paleta se había cubierto de grises y el pincel bailaba acompasado sobre el lienzo para hacer surgir una figura dramática y

severa, que inspiraba melancolía y desánimo a su mirada. Pasó varias horas contemplando su nueva creación. Se convenció de que definitivamente lo había logrado. El dominio de grises sobre colores vivos manifestaba el vínculo espiritual entre él y el bonsái.

El agotamiento y el alcohol le vencieron finalmente. Quedó acurrucado en el suelo, rodeado de todos los cuadros desestimados, como una pieza de ajedrez caída sobre el tablero. Unos golpes en la puerta le devolvieron pausadamente a la realidad, aunque no fueron suficientes, ni por asomo, para hacerle levantarse y abrir. Tras unos instantes oyó una voz femenina que imploraba que le abriese. Se levantó resignado dispuesto a ceder a sus súplicas y abrir la puerta, sin embargo, cuando alzó la vista al balcón vio de nuevo al bonsái. Nuevamente había cambiado. El color había resurgido en él otorgándole cierta vida, pero esta vez irradiaba más sosiego y madurez que con la luz del amanecer. Sin dudarlo se apresuró a mezclar colores rojizos, amarillos, azules y sienas para conseguir los matices anaranjados y amaratados del atardecer de sus hojas. El tronco, vencido y agrietado, mostraba tenues dorados en su corteza. De nuevo sentía que había entrado en trance. No volvió a oír la voz femenina que le llamaba desde el otro lado de la puerta.

A medida que el sol se desplomaba en el horizonte, los naranjas y los verdes tornaban cada minuto a más oscuros y el pincel recogía pigmento negro puro de la paleta con más frecuencia. Las mezclas se iban oscureciendo en el lienzo hasta que progresivamente extinguieron cualquier atisbo de luz. El bonsái fue apagándose de modo que quedó cubierto por completo de una mancha absolutamente negra.

Abatido por la desesperación, dejó caer el pincel y la paleta al suelo y se dirigió a la oscuridad.